



Por las calles de Madrid
se apasea un arrieiro,
buen zapato y buena media,
buen bolsillo de dinero.

A la vuelta de una esquina
siete ladrones salieron.
“¿A donde va el buen mozo,
a donde va el arriero?”

“A La Mancha voy, señores,
con una carga que llevo,
seis mulas llevo cargadas,
siete con el cebadero.”

“A La Mancha iremos juntos
como buenos compañeros,
de siete soldados que imos
ninguno lleva dinero.”

“Por dinero no se aflian,
adelante, compañeros,
que llevo yo más doblones
que estrellas hay en el cielo.”

En las ventas de Aragón
sacaran vino y bebieron,
el primer vaso que echan
se lo dieron al arriero.

El arriero no quiso vino
creyendo que era veneno.
“Que lo dean al rey de España,
que yo vino no lo quiero.”

Desenvainan las espadas,
desafían los aceros,
desenvaina el arriero el suyo
que cortaba más que el fuego.

Al primero bayonazo
cinco cayeron al suelo,
para dos que le quedaban
escapaban bien de miedo.



Voces da la tabernera
que se reunira el pueblo,
que se reunira el pueblo
y prendan al arrieiro.

El arriero no es cobarde
que al rey se presenta luego,
la sentencia que el rey daba
con cien doblones de sueldo.

“Yo no quiero cien doblones
que quiero ser arriero
para andar por los caminos
matando a los bandoleros.”